

VICENTE GARRIDO

**TRUE
CRIME**

La fascinación del mal

Ariel



Vicente Garrido

True crime

La fascinación del mal

Ariel

Primera edición: febrero de 2021

© 2020, Vicente Garrido Genovés, de la Universidad de Valencia
© 2020, J. Mauricio Restrepo, por el diseño de interior

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3323-6
Depósito legal: B. 898-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
PRIMERA PARTE: EL FENÓMENO DEL <i>TRUE CRIME</i>	19
1. Pasión por el crimen	21
<i>Furious Hours</i>	21
<i>La auténtica Lolita</i>	27
2. <i>True crime</i>	34
<i>El caso SK1</i>	39
3. El mal primigenio	49
<i>True Detective</i>	49
4. Ficción y realidad en el <i>true crime</i>	58
<i>A sangre fría</i>	58
SEGUNDA PARTE: PIONEROS Y CLÁSICOS DEL <i>TRUE CRIME</i>	73
5. Conan Doyle y Poe.	75
<i>Estudios del natural</i>	75
6. Serpico	84
<i>Frank Serpico</i>	84
<i>Serpico</i>	84
7. La escalera	91
<i>The Staircase</i>	91
8. La Dalia Negra	103
<i>Mis rincones oscuros</i>	103
9. Doble trampa	113
<i>Making a Murderer</i>	113
10. Uno de los nuestros	124
<i>O. J.: Made in America</i>	124
11. Cuidado con lo que dices	136
<i>The Jinx (El gafe)</i>	136

TERCERA PARTE: ASESINOS CREADORES DE <i>TRUE CRIME</i>	145
12. Se ha escrito un crimen.	147
«True Crime: A Postmodern Murder Mystery»	147
13. Unabomber	158
<i>En palabras del Unabomber</i>	158
14. Liberad a Europa.	166
<i>Utoya: 22 de julio</i>	166
15. Un hombre común	173
16. Los estudios del terror.	182
<i>Terror Studios</i>	182
CUARTA PARTE: LA BANALIDAD DEL MAL	191
17. El mal absoluto	195
<i>El nazi Iván el Terrible.</i>	195
<i>La guerra en Hollywood.</i>	200
<i>The Trial of Adolf Eichmann.</i>	202
<i>Hannah Arendt.</i>	202
<i>Eichmann en Jerusalén: un estudio</i> <i>de la banalidad del mal.</i>	202
18. La voz de Satán	212
<i>Soy un asesino.</i>	212
19. El sabor de la traición	217
<i>Batman & Bill</i>	217
20. El hombre que torturaba	221
<i>La dimensión desconocida</i>	221
21. Lo que la verdad esconde	225
<i>El caso Asunta.</i>	225
22. Lady Macbeth	232
<i>La promesa</i>	232
23. La <i>playmate</i>	240
<i>Star 80</i>	240
QUINTA PARTE: ASESINOS EN SERIE	249
24. «Querido editor: Es Zodiac quien habla»	253
<i>Zodiac</i>	253
25. Ahora estamos hablando de psicología	271
<i>Mindhunter.</i>	271
26. La «entidad».	290

	<i>Conversaciones con asesinos: las cintas de Ted Bundy</i>	291
	<i>Ted Bundy: enamorada de un asesino</i>	301
27.	El asesinato de Versace	307
	<i>American Crime Story: The Assassination of Gianni Versace</i>	307
28.	El asesino del Golden State	312
	<i>El asesino sin rostro</i>	312
SEXTA PARTE: IMPOSTORES		323
29.	El castillo de los horrores	325
	<i>El diablo en la Ciudad Blanca</i>	325
30.	El hombre que nunca estuvo allí	332
	<i>El adversario</i>	332
31.	La ventana que da al infierno	340
	<i>True Story: Murder, Memoir, Mea Culpa</i>	340
32.	Charlie Parker se queda pasmado	352
	<i>El impostor</i>	352
33.	Verdades y mentiras	365
	<i>El periodista y el asesino</i>	365
SÉPTIMA PARTE: SECTAS		373
34.	La encarnación del mal	375
	<i>Member of the Family</i>	379
	<i>Helter Skelter: la verdadera historia de los crímenes de la Familia Manson</i>	384
	<i>Manson: los archivos perdidos</i>	396
35.	Masacre en Jonestown	399
	<i>La masacre de Jonestown</i>	399
36.	El Cordero del Apocalipsis	411
	<i>Waco</i>	411
37.	Un país de locos	424
	<i>Wild Wild Country</i>	424
OCTAVA PARTE: CORRUPCIÓN		437
38.	Entran los <i>podcast</i>	439
	<i>Una novela criminal</i>	439
39.	Hamlet y la CIA	450
	<i>Wormwood</i>	450

40. Bala y tumba.	459
<i>La muerte vende.</i>	459
41. Tres disparos por la espalda	465
<i>Muerte en León: caso cerrado.</i>	465
42. Cuando la verdad ofende	471
<i>Chernobyl.</i>	471
43. Sangre en las calles de Sicilia	476
<i>La fotógrafa de la mafia.</i>	476
 NOVENA PARTE: VÍCTIMAS Y SUPERVIVIENTES	 481
44. <i>Ifigenia en Forest Hills</i>	483
<i>Ifigenia en Forest Hills: anatomía de un asesinato</i>	483
45. Nadie quiere esposar a un cura	491
<i>The Keepers</i>	491
<i>Spotlight</i>	500
46. La víctima latente de un asesinato	504
<i>Läetitia o el fin de los hombres</i>	504
47. El violador considerado	512
<i>Creedme.</i>	512
48. El asesino de Long Island	524
<i>Chicas perdidas</i>	524
49. Plegarias desatendidas.	538
37	538
50. La Sombra	552
<i>Intocable</i>	552
 DÉCIMA PARTE: EL SISTEMA DE JUSTICIA	 559
51. La peor pesadilla de todos	563
<i>Amanda Knox.</i>	563
52. Una fina capa de hielo	569
<i>Crímenes</i>	569
<i>Culpa</i>	569
<i>Castigo.</i>	569
53. Otra justicia y una venganza	577
<i>Another Justice.</i>	578
<i>Una historia de venganza.</i>	581
54. El hombre demolido	589
<i>El veredicto.</i>	589

55. Un hombre ha muerto	601
<i>Proyecto Inocencia</i>	601
56. El acierto de Carol DaRonch	617
<i>Juicio a la memoria: testigos presenciales</i> <i>y falsos culpables</i>	617
PARTE FINAL	
Conclusiones	631
Epílogo	645
Agradecimientos	653

PRIMERA PARTE

EL FENÓMENO DEL *TRUE CRIME*

En esta primera parte empezamos con dos novelas de «no ficción». En el capítulo 1 («Pasión por el crimen») presentamos dos libros que tienen en común la obsesión de sus autores por explorar crímenes reales.

En *Furious Hours*, Casey Cep investiga el afán de Harper Lee por escribir la historia criminal con la que retornaría a las librerías, un tema que fascinaba a la autora de *Matar a un ruiseñor*. Lee ya contaba con la experiencia de moverse sobre el terreno, como puso de manifiesto la ayuda decisiva que prestó a su amigo Truman Capote cuando se desplazó con él al estado de Kansas para investigar el homicidio múltiple de los Clutter, que daría lugar a la obra fundacional del género: *A sangre fría*. Sin embargo, Harper Lee, que creció asistiendo al juzgado donde su padre ejercía de abogado, no pudo culminar su tarea. Aunque quería escribir sobre un asesino en serie al que la policía nunca pudo echarle el guante y que tuvo que ser ajusticiado mediante un acto de venganza privado, Lee, al final, fue incapaz de hacer frente a todas las dificultades que se le presentaron.

En la segunda obra analizada, *La auténtica Lolita*, Sarah Weinman nos lleva al corazón creativo de una novela que marcó la segunda mitad del siglo xx: *Lolita*, y lo hace revelando que existió una verdadera Lolita, un caso criminal del que Nabokov se sirvió para culminar la obra que le había obsesionado durante muchos años.

El capítulo «*True crime*» nos introduce en el fenómeno del crimen real y su enorme expansión de los últimos años. ¿Qué es el *true*

crime y qué nos enseña? ¿Qué tienen en común las obras audiovisuales que están captando el interés de millones de espectadores? ¿Qué es lo que nos atrapa de una serie documental o de ficción basada en hechos reales?

El capítulo 3 se ocupa de la exitosa serie de ficción *True Detective* (primera temporada). Puede sorprender que en este libro nos ocupemos de una serie que es totalmente ficción, pero es que *True Detective* ejerció una enorme influencia en el estilo que el *true crime* iba a adaptar enseguida, y además presenta muchas de las obsesiones y angustias que el producto del crimen real lleva ante los lectores y (sobre todo) los espectadores. Representa de forma extraordinaria la filosofía existencial que subyace en series como *The Keepers*, *Creedme* o *Chernobyl*, y en novelas como *Ifigenia en Forest Hills* o *Lætitia o el fin de los hombres*, todas las cuales comentaremos a lo largo del libro.

El capítulo 4 (y último) aborda, por razones obvias, *A sangre fría*. Analizamos la obra de Capote teniendo en cuenta sus claves narrativas y la relación existente entre el crimen real y su representación artística, así como la importancia de que el autor se involucre en la vida de los personajes sobre los que escribe, algo determinante en esta novela.

PASIÓN POR EL CRIMEN

Casey Cep, *Furious Hours: Murder, Fraud and the Last Trial of Harper Lee* [Horas furiosas: asesinato, fraude y el último juicio de Harper Lee], Londres, Random House, 2019.¹

Cuando el reverendo Willie Maxwell, de cincuenta y dos años, asesinó a la hijastra de su tercer matrimonio, Shirley Ann Ellington, de sólo dieciséis, estaba lejos de saber que ésta iba a ser su quinta y última víctima debido a que cometió un monumental error de cálculo o, si se prefiere, que no fue capaz o no creyó necesario conocer bien a la familia de la adolescente. Porque, de haber averiguado el carácter del tío de Shirley, Robert Burns, se habría guardado mucho de cometer ese homicidio, y el día 20 de junio de 1977, una semana después de que matara a Shirley, no se habría convertido en el último de su vida.

Seguramente, el reverendo murió consternado, asombrado; ni en un millón de años habría esperado morir como un perro en una iglesia, y menos aún cuando estaban celebrando el oficio por el descanso eterno de Shirley; pero, llegados a este punto, sólo podemos concluir que, como sucede con tantos asesinos en serie, llegó un momento en que el reverendo sencillamente creyó estar protegido contra la acción de la justicia y que, en tanto en cuanto él fuera diligente en la ejecución de sus crímenes y no cometiera errores, su «negocio» podría continuar por tiempo indefinido.

1. Además de este libro, véase el artículo que Casey Cep escribió años antes en el *New Yorker*, titulado «Harper Lee's Abandoned True Crime Novel», 17 de marzo de 2015.

El escenario de esta historia es el sureño estado de Alabama, donde nació y creció Willie Maxwell, un americano negro que, después de trabajar durante años en la industria maderera y en los campos de maíz, comprendió que sus oportunidades sociales y financieras prosperarían si era capaz de destacar de algún modo, a lo que sin duda le ayudaba su rostro bien formado y una buena labia. Así que un primer paso en ese sentido fue autoproclamarse pastor de una iglesia metodista, y el segundo casarse con una buena mujer que lo mantuviera y le diera la imagen de respetabilidad de un hombre casado. Por desgracia, Mary Edwards no sólo fue su primera esposa, sino también su primera víctima. La encontraron golpeada y estrangulada en su coche, cuando se disponía a ir a buscar a su marido, quien había llamado previamente a una vecina para pedirle que su esposa fuera a recogerle, pues había tenido un percance. El asunto pintaba muy turbio según la opinión del *sheriff* del condado y de la fiscalía, así que decidieron sentarlo en el banquillo de los acusados. El juicio, sin embargo, fue decepcionante, ya que la vecina a la que el reverendo había llamado esa noche, la señora Darkis Anderson, principal testigo de la acusación, contó ante el jurado algo totalmente distinto a lo que había relatado a la policía: Maxwell fue declarado inocente. Hubo un hecho crucial que explica el cambio inesperado de declaración de la señora Anderson: antes de que se iniciara el juicio, se había convertido en la segunda esposa de Willie Maxwell.

Fue una mala decisión por su parte, de eso no cabe duda, como el tiempo demostraría a no mucho tardar. Pero, en 1971, la segunda víctima fue un hermano del reverendo, a quien hallaron muerto en la cuneta de una carretera. Según el patólogo, la causa de la muerte fue un excesivo consumo de alcohol y la exposición a una meteorología adversa. La segunda señora Maxwell tuvo que esperar hasta 1973 para recibir el premio por haber mentado en el juicio de su esposo, y llegó al final de sus días tirada en el suelo de su vehículo, no lejos de su casa. El forense certificó que la causa de la muerte fue «bronquitis aguda», muy similar en sus síntomas a la asfixia.

Bueno, ¡dos esposas y un hermano en cuatro años, los tres fallecidos en sus vehículos! ¿Qué hacía la justicia? No cabe duda de que

la fiscalía estaba irritada, aunque sólo fuera porque apenas podía hacer otra cosa más que investigar y cerrar el caso: no había nada que incriminara al reverendo, al menos en aquellos años lejanos en la rural Alabama, a un universo de separación con respecto a la idea que hoy tenemos de un equipo forense al mando de la más deslumbrante tecnología. La frustración de la ley estaba también motivada porque el móvil de esos crímenes parecía claro como el agua: Maxwell cobraba una importante cantidad de dinero de los seguros de vida que él previamente había suscrito a nombre de quienes iban a morir tiempo después.

En aquellos años, en muchos estados de la Unión, un individuo podía asegurar la vida de otro, incluso sin necesidad de que el asegurado supiera nada al respecto. Y Maxwell se había percatado de que ése era un negocio excelente: tan sólo tenía que tener cuidado y estar lejos del lugar cuando se encontrara el cadáver. Y, si las compañías de seguros se ponían intransigentes y, oliendo juego sucio, se negaban a pagar, el beneficiario se querellaba contra ellas e indefectiblemente salía ganando, porque, por mucho que fuera sospechoso que la gente asegurada por el reverendo contrajera poco después el hábito de fallecer, no existía base legal para negar el pago de las indemnizaciones estipuladas.

Así pues, nuestro hombre no veía más que beneficios en el negocio. Por supuesto, la comunidad de Alexander City, donde vivía, no paraba de murmurar, y muchos le tenían miedo, porque el reverendo tenía fama de dominar la práctica del vudú, así que era mejor no importunarle. Entonces le llegó el turno a James Hicks, un sobrino suyo quien «inexplicablemente —escribió el reportero Ray Jenkins— se había salido de la carretera de la autopista del condado de Coosa, y las heridas que presentaba no podían explicar la causa de la muerte, razón por la cual los patólogos, desconcertados, llegaron a la conclusión de que había fallecido por causas naturales». ² Ahora bien, esta vez la jugada no acabó de salirle bien, porque Maxwell había hecho el seguro de vida nombrando como beneficiaria a la madre del chico —su hermana—, confiado en que podría convencerla de que él gestionaría mejor el dinero;

2. El reportaje de Ray Jenkins apareció en el *New York Times* con el título «Minister Slain After Giving Stepdaughter's Eulogy», 21 de junio de 1977.

pero al final su hermana no estuvo de acuerdo y Maxwell no vio ni un dólar de la indemnización.

Esto explica que al año siguiente volviera a las andadas, esta vez con la hija de su tercera mujer, la joven Shirley. Y de nuevo poniendo en práctica el mismo escenario: aparentemente, Shirley había muerto porque el automóvil le cayó encima de la cabeza mientras cambiaba una rueda en una carretera del condado de Coosa, pero los forenses determinaron que ya estaba muerta antes de que el coche la golpeará. Así que la policía, una vez más, puso su empeño en apresar a Maxwell, quien otra vez se iba a lucrar con la sustancial cantidad que la aseguradora iba a tener que pagarle.

Sin embargo, esta vez las cosas salieron de un modo muy diferente para el reverendo, porque no juzgó correctamente al tío de Shirley, un hombre en la treintena llamado Robert Lewis Burns, quien, durante el oficio por el eterno descanso de su sobrina, hizo algo que provocó que Maxwell muriera sin dar crédito a lo que estaba sucediéndole. Burns se levantó y se dirigió a Maxwell, que estaba de pie oficiando las exequias. A continuación, sacó un revólver, le apuntó a un metro de distancia y dijo algo que resonó como un trueno ante los petrificados asistentes de la capilla, lo último que escucharía el reverendo en vida: «Tú mataste a mi sobrina y ahora vas a pagar por ello». Después hizo fuego tres veces.

Pero, en realidad, el reverendo no es el principal personaje de *Furious Hours*, sino la autora de *Matar a un ruiseñor*, Harper Lee. Porque lo que realmente subyace a la trama del libro de Casey Cep es el proyecto que mantuvo ocupada a Lee durante más de diez años: escribir una obra *true crime* basada en el caso del asesino en serie que nunca pudo ser capturado ni castigado por la justicia, es decir, el reverendo Willie Maxwell. Hemos de hacer un inciso aquí. Técnicamente no se demostró nunca que éste hubiera matado a nadie, mucho menos que hubiera sido un asesino en serie, pero permítannos que, como en caso de O. J. Simpson, utilicemos el sentido común y una comprensión basada en la experiencia de nuestro trabajo para llegar a dicha conclusión, que sin duda compartían la policía y fiscalía del condado en aquella época y, por supuesto, la propia Harper Lee, razón por la cual se interesó en el

caso; de lo contrario, ¿cuál podía ser el atractivo de un supuesto crimen —el de Shirley— seguido de una venganza? No olvidemos que Harper Lee había crecido en el juzgado de su ciudad, viendo trabajar a su padre, y era una mujer versada, tanto por estudios como por afición y experiencia, en la conducta humana más directa, que con frecuencia se tornaba violenta.

Entre su experiencia figuraba en lugar destacado la ayuda que había prestado a su amigo de la infancia y escritor Truman Capote en la investigación que permitió que éste escribiera su obra maestra, *A sangre fría*. Ella era bien consciente de que Capote había introducido elementos «artísticos» o ficcionales que hacían de su obra una pieza maestra, en la que la realidad de los hechos conllevaba el poderoso matiz de la subjetividad del escritor, lo que, conjuntamente con un estudio psicológico de los personajes y una atención a la exploración sociológica, era una nota característica de lo que se llamó «nuevo periodismo», que, además del del propio Capote, incluía nombres tan ilustres como el de Norman Mailer —autor asimismo de una novela *true crime* importante, *La canción del verdugo*— o Gay Talese. Por el contrario, como señala Casey Cep, «Lee nunca se identificó con el nuevo periodismo, puesto que [...] en su cabeza siempre había mantenido la división entre publicaciones de ficción y de no ficción». Aun así, Lee estaba interesada en el crimen real desde niña, y su desafío consistió precisamente en crear su propia obra *true crime* al estilo del viejo periodismo, donde su opinión y subjetividad no fueran los elementos que brillaran en el libro, sino los propios hechos.

Sin embargo, el caso del reverendo era bien diferente al que había consagrado a Capote. Éste se había ocupado de un sensacional crimen múltiple cometido por hombres blancos contra víctimas blancas (la familia Clutter) en una pequeña ciudad llena de blancos. En cambio, cuando asistió en Alexander City al juicio en el que Robert Burns fue juzgado por el homicidio de Maxwell, fue consciente de que el único personaje relevante que iba a poder incorporar en su futuro libro iba a ser el abogado defensor de Burns, Tom Radney, que a la sazón fue el abogado que había conseguido que Maxwell fuera declarado inocente por su primer asesinato y que, en los posteriores «incidentes donde fallecieron sus parientes asegurados», le proporcionó consejo legal en las reclamaciones

pecuniarias para cobrar las indemnizaciones que había contratado.³ Este personaje era muy potente, pero era el único blanco con una posición relevante; tanto el asesino, como las víctimas, como el justiciero (Burns) eran negros, y Lee pronto fue consciente de que escribir su segunda obra, esperada con ansiedad en todo el país, iba a exigirle una comprensión de los hechos profunda y una colaboración plena de los implicados, que no sabía si iban a proporcionarle la información que precisaba.

Además de esto, había otros detalles que, si bien ella podría sortear con éxito, no podía despreciar. El primero era que los libros basados en casos criminales reales apenas habían prestado atención a los crímenes entre ciudadanos negros, lo que ponía un interrogante sobre la aceptación que tendría en la población general de Estados Unidos. El segundo era que investigar sobre un asesinato en serie negro, que nunca había sido aprehendido por la policía, suponía introducirse en cuestiones de política racial (¿en qué medida la justicia se había esforzado en detener a Maxwell?, ¿habría obrado igual si el presunto homicida en serie fuera blanco, o sus víctimas lo hubieran sido?), algo que, no obstante, Lee había hecho de forma magistral en *Matar a un ruiseñor*, pero con la ventaja de que ella configuraba los hechos y los personajes, porque no dejaba de ser una novela. Ahora los crímenes habían sido reales, y el fracaso de la justicia, también.

Sin embargo, Lee se dio cuenta de que la gente quería hablar: ella era mundialmente conocida y *Matar a un ruiseñor* estaba considerada una obra a favor de los estadounidenses negros. Aun así, para su desconsuelo, muy poco de lo que le decían tenía para ella el rigor de una información fiable; como comentó en una ocasión: «Dispongo de los suficientes rumores, fantasías, ensoñaciones, conjeturas y mentiras como para rellenar un volumen tan largo como el Antiguo Testamento».

Harper Lee dijo una vez que «hay escritores que sólo tienen una obra en su interior», contestando así a una de las miles de veces que le preguntaron por qué no escribía una segunda novela

3. Tom Radney consiguió que el jurado considerara a Burns no culpable del homicidio de Maxwell por sufrir en el momento de los hechos una enajenación mental. Burns pasó unas semanas en una unidad psiquiátrica y luego salió para seguir con su vida.

después de *Matar a un ruiseñor*. Lee lo intentó de veras durante más de diez años. Consiguió la plena colaboración de Tom Radney y se hizo muy amiga de él y de su familia, llevándose consigo todos sus archivos. Sin embargo, a pesar de que Lee siempre comentaba que estaba adelantando mucho, fueron pocas las páginas que escribió del libro de no ficción que había titulado *El reverendo*. De hecho, lo único que se conserva escrito por Lee de esta obra es un capítulo de cuatro páginas escritas en su máquina portátil que envió a la familia Radney.

En su investigación sobre el libro fallido de Harper Lee, Casey Cep crea su propio *true crime* al presentar con rigor toda la información relevante que se conoce sobre los crímenes de Willie Maxwell; pero, tanto o más que su estudio criminológico, gusta su acercamiento íntimo a Harper Lee, el modo en que nos la presenta como escritora con muchas dudas a pesar del éxito planetario de su primera novela. Cuando la autora de *Furious Hours* nos revela la desesperación de Lee por no poder conseguir información fiable, por no poder encontrar un esqueleto sobre el que hilvanar la obra, por tener que enfrentarse a la pavorosa tarea de escribir un segundo libro al nivel del primero, Harper Lee proyecta una enorme sombra de fragilidad. Ella quería volcar su pasión por los casos criminales en una obra que pudiera rivalizar con *A sangre fría*, pero al final de diez años de dura lucha se rindió; Cep comenta que seis o siete horas detrás de su escritorio podían dar como resultado una sola página provisionalmente aceptada según su criterio. Era demasiado para sus fuerzas. No obstante, hasta el final de los días de Lee (murió en 2016), la familia de Tom Radney esperó que cualquier día Nelle —como la llamaban sus amigos— llamara por teléfono para decirles que *El reverendo*, por fin, estaba listo para el mundo.

Sarah Weinman, *La auténtica Lolita [The Real Lolita]*, Madrid, Kailas, 2019.

Harper Lee era una escritora en cuyo primer y extraordinario libro introdujo el homicidio y un juicio criminal, además de la

conducta de la turba ofuscada por el prejuicio racial. Le apasionaba el crimen real como fuente de inspiración, como prueba que, cuando se propuso en serio escribir un segundo libro, éste versara sobre un asesino en serie que habría matado a cinco personas en su estado natal, Alabama. También era un apasionado del crimen Vladimir Nabokov, a pesar de que éste tratara de negarlo, porque siempre pregonaba la tesis de que el arte se basta a sí mismo para crear su mundo. En el muy interesante libro que dedica Sarah Weinman a rastrear el influjo de un caso verídico de secuestro y violación repetida de una menor en la célebre obra de Nabokov *Lolita*, podemos ver que para el escritor de origen ruso todo vínculo con el *true crime* se consideraba un desdoro para su obra, de ahí que una y otra vez negara que se hubiera inspirado en un hecho real para su *Lolita*. Sin embargo, su mujer, Vera, escribió en su diario que Nabokov «estaba fascinado por los crímenes reales», y el escritor Robert Roper, autor de *Nabokov in America*, estaba del todo seguro de que éste leía con avidez «crónicas periodísticas sobre crímenes sensacionalistas». ⁴ Finalmente, como nos recuerda Weinman, la autora del libro que estamos tratando: «una gran cantidad de las obras de ficción de Nabokov dependen de las metáforas del crimen y el suspense», como *Invitado a una decapitación*, *Desesperación* y, por supuesto, *Lolita*, cuyo argumento es el secuestro y la violación recurrente de una preadolescente, que culmina en un asesinato.

En su análisis, Sarah Weinman deja negro sobre blanco que *Lolita* está inspirado en un caso real, la de la niña Sally Horner. Pero, al mismo tiempo que Weinman refleja a un escritor que está obsesionado por componer una obra sobre la pedofilia y la violación, ⁵ su propio libro *La auténtica Lolita* nace de su pasión por la literatura *true crime*. Escribe: «Las historias de crímenes lidian con aquello que hace que las personas pierdan el equilibrio y pasen de la cordura a la locura, de la decencia a la psicopatía, del amor a la cólera. Prenden dentro de mí ese doble sentimiento obsesivo y compulsivo». Para ella todo comenzó cuando se dispuso a inspec-

4. Véase <<https://www.nytimes.com/2015/11/15/books/review/nabokov-in-america-by-robert-roper.html>>.

5. Weinman comenta que Nabokov le dedicó cinco años de duro trabajo, pero que tenía en mente el proyecto veinte años antes.

cionar los crímenes reales de mediados del siglo xx y se encontró con la historia de Sally Horner, cuya narración exigía «contexto y comprensión».

Florence «Sally» Horner desapareció en Camden (Nueva Jersey) a mediados de junio de 1948 en compañía de un hombre que se hacía llamar Frank La Salle. Había nacido en abril de 1937, tenía por consiguiente once años. En marzo de ese año se produjo uno de esos hechos fortuitos que iban a marcar su vida: por una apuesta con unas amigas, entró en una tienda que hoy llamaríamos de «todo a cien» y robó una libreta que se metió en el bolso. Al salir no vio a sus amigas, pero sí a La Salle, quien se hizo pasar por un agente del FBI y le dijo que no informaría de su robo si cuando él contactara de nuevo con ella hacía lo que él le dijera. Ella, aterrorizada, estuvo de acuerdo, y casi se había olvidado ya de todo el incidente cuando en junio de ese mismo año volvió a aparecer el hombre, esta vez para decirle que la única manera que tenía de evitar cumplir condena en un reformatorio era acompañándolo adonde él fuera, porque el FBI le había pedido que fuera su tutor como alternativa a ser fichada y encerrada.

Éstos son los mimbres de la tragedia de Sally. La Salle es un canalla consumado, un delincuente que ya ha estado en la cárcel por varios asuntos, además de por abuso de menores, tiene labia y sabe fingir muy bien. Llama por teléfono a Ella, la madre de Sally, y le dice que él es Frank Warner, el padre de dos amigas de Sally que van al mismo colegio, y quiere pedirle permiso para que su hija vaya a pasar unos días a su casa de vacaciones en Atlantic City. Previamente, La Salle ya había preparado de forma conveniente a Sally, así que cuando Ella contesta al teléfono se debate entre su desconfianza por dejar a su hija en manos de un hombre que no conoce y su deseo de que su hija tenga unas pequeñas vacaciones en un lugar que está fuera de su alcance. Al final cede, y «el 14 de junio de 1948 la señora Horner llevó a Sally a la estación de autobuses de Camden. Se despidió de su hija con un beso y la vio subir a un autocar con dirección a Atlantic City. Atisbó el perfil de un hombre de mediana edad [...] junto a Sally, pero él no se acercó a saludarla [...]. Ella Horner nunca imaginó que, pocas se-

manas después, su hija se convertiría en un fantasma. Al mandar a Sally a Atlantic City en ese autocar, había conducido a su pequeña al tipo de pesadilla que desgarraría a cualquier madre».

El cautiverio de Sally duró veintiún meses: fue liberada en marzo de 1950, cuando ella tenía ya trece años. Al principio Sally enviaba cartas a su madre en las que le contaba que se lo estaba pasando muy bien, pero, cuando la semana estaba a punto de concluir, Ella Horner recibió una carta de su hija en que le decía que se iba a quedar más tiempo, lo que alarmó a su madre. Cuando pasaron unos días sin tener noticias de Sally, Ella notificó el secuestro de su hija a la policía. Lo que sucedió en esos casi dos años fue que La Salle adiestró a Sally para que se dirigiera a él como «papá», y que él se dedicó a viajar por diferentes ciudades y estados para evitar ser capturado por la policía, primero la del estado de Nueva Jersey y luego, cuando se hizo evidente que La Salle había cruzado de estado, también por el FBI, ya que el secuestro se convertía en un delito federal al cruzar de un estado a otro.

Su vida errante implicaba moteles baratos, deprimentes apartamentos apenas amueblados y estancias en parques de caravanas. Frank La Salle buscaba trabajo en los lugares donde permanecían un tiempo, y matriculaba a Sally en un colegio local, normalmente católico. Cualquiera que recuerde el argumento de *Lolita*, o al menos alguna de las dos versiones cinematográficas que se hicieron del libro, será ya bien consciente de cuánto le debe la *Lolita* de Nabokov a Sally Horner. Ahora bien, Nabokov describió a Dolores Haze —el nombre real de la protagonista— un año mayor, y su corruptor, el inefable Humbert Humbert, no tuvo que enseñarle a llamarlo «papá» porque, de hecho, lo era, si bien era su padrastro en realidad, puesto que se había casado con su madre para, precisamente, tener acceso a su hija Dolores. Cuando la madre de Lolita muere en un accidente de tráfico tras descubrir unos textos de Humbert donde se revela la obsesión por su hija, éste aprovecha para recoger a Lolita de un campamento de verano y llevarla consigo, sin destino fijo, a recorrer el país.

Sally Horner fue liberada porque, en el último lugar en el que pararon, un parque de caravanas en la ciudad de San José (Ca-

lifornia), tuvo el ánimo de confiar en una vecina, Ruth Janisch, quien previamente ya había notado algo raro en la relación entre Sally y su supuesto padre, e hizo lo posible para que se abriera a ella. Cuando finalmente Sally le dijo la verdad, que Frank no era su padre, sino que la había secuestrado, Ruth le permitió llamar a su hermana (que estaba casada y tenía una niña) para decirle que estaba viva y que avisara a la policía. Al cabo de unas horas, cuando La Salle regresó del trabajo, la policía lo estaba esperando, y él se entregó sin ofrecer resistencia.⁶ Weinman encuentra en la liberación de Sally otro punto importante de conexión con *Lolita*, ya que «cuando se cumplen veintiún meses de su vínculo, Lolita y Humbert llegan a Beardsley, donde él se da cuenta de que ya no tiene el dominio sobre la chica que antes poseía. Le preocupa que Dolores haya confiado la verdadera naturaleza de la relación con su “padre” a su amiga del colegio, Mona. Y, al hacerlo, podría estar abrigando “el pensamiento de que tal vez Mona tuviera razón” y ella, la huérfana Lo, “pudiera denunciar [a Humbert] sin exponerse a ser castigada”».

El libro *La auténtica Lolita* ofrece pruebas sobradas de que Nabokov siguió con mucha atención el caso de Sally Horner, y de hecho aparece citado este episodio criminal en la propia novela. Pero no es éste el principal asunto que nos concierne, sino el énfasis que pone la autora en subrayar cómo, a su juicio, el impacto mundial que tuvo *Lolita* descarrió la principal meta de la pasión que Nabokov invirtió en su obra: narrar la agonía y la vejación de una preadolescente en manos de un canalla sin escrúpulos. Ocurrió casi lo contrario: la palabra *lolita* se convirtió en sinónimo de jovencita seductora de hombres maduros, y el foco se desplazó hacia la explotación del atractivo que estas (pre)adolescentes podían tener en términos sexuales. En su diario, Vera escribió: «Oja-

6. El comportamiento de Frank La Salle fue desconcertante. Al poco de ser capturado confesó todo para evitar, según sus palabras, que Sally tuviera que vivir los momentos amargos que sin duda le esperarían si se celebraba el juicio. Sin embargo, una vez condenado a treinta y cinco años de cárcel, se dedicó a apelar la condena asegurando que en realidad él sí era el padre de Sally, entre otros argumentos peregrinos. Murió cuando había cumplido trece años de condena.

lá alguien advirtiera la tierna descripción de la indefensión de la niña, su patética dependencia del monstruoso Humbert Humbert, y su desgarrador coraje durante todo el proceso». Sin embargo, no estamos tan seguros como parece creer Weinman de que Nabokov encauce su pasión por el crimen principalmente en el sufrimiento de Lolita, sino que más bien creemos que él siente un mayor interés por la personalidad miserable y narcisista de su explotador, aunque sin duda esa vertiente de la víctima estaba presente para ser más valorada de lo que se hizo en su momento.⁷

Al mismo tiempo, tanto la Sally Horner real como la Dolores Haze ficticia describieron un fenómeno que tardaría treinta años en ser analizado por los psicólogos y criminólogos, a raíz de algunos casos célebres de jóvenes secuestradas por completos desconocidos con los que convivieron mucho tiempo sin, aparentemente, desear escapar cuando podían hacerlo, ya que se quedaban horas solas o paseaban con sus captores por lugares llenos de gente donde fácilmente podrían solicitar ayuda.⁸ En principio explicados pobremente como ejemplos de «síndrome de Estocolmo», poco a poco se empezó a comprender que en la mente de esas chicas se había introducido un esquema de supervivencia que les hacía considerar por encima de todo su seguridad, lo que unido a las «lecciones» que les impartían sus captores —que nadie las creería, que a estas alturas sus padres ya no querrían saber nada de ellas, que ellos eran de verdad las únicas personas que se preocupaban de ellas...— conseguía que apreciaran las cosas normales de las que disfrutaban como un estado que, al menos, evitaba que pasaran por momentos más difíciles de sometimiento y aislamiento. Por supuesto que pagaban un precio alto por esa seguridad, pero es fácil persuadir a una niña o preadolescente de la idea de que «si me denuncias, las cosas serán mucho peores».

Lolita termina al fin abandonando a Humbert gracias a la irrupción de otro pedófilo que la desea (y al que Humbert matará

7. De la misma opinión es Diane Johnson. Véase <<https://www.nytimes.com/2018/09/18/books/review/sarah-weinman-real-lolita-t-greenwood-rust-stardust.html>>.

8. Quizá el caso más espectacular y conocido fue el de Elizabeth Smart. Véase <https://www.abc.es/play/television/noticias/abci-infierno-elizabeth-smart-secuestro-mas-mediatico-estados-unidos-201811230220_noticia.html>.

posteriormente), y finalmente se casa con un granjero a los diecisiete años para llevar una vida muy humilde. En la vida real, Sally Horner sólo vivió dos años más, ya que, cuando estaba empezando a tener una vida relativamente normal y ya no la importunaban tanto las miradas condenatorias de sus compañeras de escuela, tuvo la mala fortuna de quedar con un chico que le gustaba mucho, pero que era «propenso» a los accidentes de tráfico. Después de pasar una agradable y romántica velada con él en una ciudad próxima a Camden, en el camino a casa su acompañante chocó contra una furgoneta que estaba en el arcén, parada, esperando a ser remolcada por otra. Sally murió en el acto. Después de un proceso largo, el conductor del vehículo fue considerado inocente del cargo de homicidio involuntario, y falleció ya anciano en 2004.